

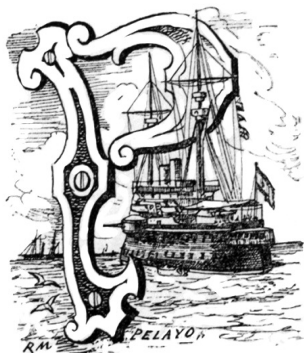
HERNÁN CORTÉS, SUS BARCOS Y EL MAR DEL SUR

Manuel MAESTRO LÓPEZ
Presidente del Círculo Letras del Mar

*Y no tuvo ventura en cosa que
pusiese la mano, sino que todo
se le tornase espinas.*

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Último viaje por mar



OR motivos primero profesionales y posteriormente familiares, mis viajes a México han sido constantes y, en la misma medida, mis visitas a la iglesia del Hospital de Jesús, sita a espaldas de donde se encontraron por primera vez Moctezuma y Hernán Cortés. En esta sencilla capilla del primer hospital erigido en la Nueva España, en el lado de la epístola se encuentra una placa con un escudo y una breve leyenda que dice: «Hernán Cortés 1485-1547», tras la que están enterrados los restos del padre de la nación mexicana. Pero si traspasáramos la pared que comunica el altar mayor de este templo con el gran mural que conmemora la reunión que mantuvieron ambos líderes el 8 de noviembre de 1519 en el lugar donde actualmente confluyen la avenida Pino Suárez y la calle República del Salvador y preguntásemos a las miles de personas que por allí pasan dónde descansan los restos del conquistador, sería rarísimo que alguien nos indicase «ahí detrás».

Hernán Cortés murió en la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta el 2 de diciembre de 1547, adonde había viajado para pasar los últimos días con los suyos; pero en su testamento manifestó el deseo de que, tras su muerte, quería hacer un postrer viaje por mar para retornar a México. Y ahí comenzó el fantástico vaivén de sus restos, tan fantástico como la historia mexicana, pues la independencia y posterior revolución motivaron su tránsito de un lado para otro hasta que descansaron definitivamente donde hoy se encuentran.

Primeros viajes por mar



Hernán Cortés. (Internet).

El espíritu aventurero surgió muy pronto en Cortés: tras fracasar sus intentos de participar en las campañas italianas de Gonzalo Fernández de Córdoba y de embarcarse para las Indias, en la primavera de 1504 partió hacia la isla de La Española, en donde se instaló como plantador y funcionario colonial. En 1511 formó parte de la expedición para la conquista de Cuba dirigida por Diego Velázquez, quien en 1518 le confió el mando de otra para continuar los descubrimientos de

Hernández de Córdoba y Grijalva en las costas de Yucatán. La flota, compuesta por once naves, abandonó la isla cubana el 10 de febrero de 1519, llevando a bordo 518 infantes, 16 jinetes, 13 arcabuceros, 32 ballesteros, 110 marineros y unos 200 indios como auxiliares de tropa; 32 caballos, 10 cañones de bronce y cuatro falconetes completaban el bagaje.

El primer contacto con las civilizaciones mesoamericanas lo tuvieron al arribar a la isla de Cozumel, cercana a la costa yucateca. Después siguieron bordeando el litoral hasta llegar a la desembocadura del río Tabasco, hoy Grijalva. En las cercanías de la ciudad de Potonchán se produjo la batalla de Centla, que resultó la primera victoria de Cortés y el encuentro con Malinche, que sería su intérprete, consejera y amante. Allí tuvieron noticia de la existencia de un gran país hacia poniente.

Costeando hacia el noroeste se encontraron con un grupo de indígenas que venía en representación de Moctezuma, con los que intercambiaron presentes e instalaron su campamento cerca de donde fundarían la ciudad de Veracruz. Sus nuevos pobladores insistieron en que Cortés se autoproclamase capitán general, independizándose de la autoridad de Velázquez, lo que terminó aceptando.

Pronto llegaron noticias de que Diego Velázquez había sido nombrado adelantado de Yucatán, por lo que Hernán tomó la decisión de inutilizar sus

naves al objeto de impedir la vuelta atrás, ya que muchos de sus hombres, amigos de Velázquez, regresarían a la isla una vez cansados y satisfechos con los tesoros conseguidos. Pasado el primer trance tras la purga de los cabecillas, Cortés ordenó a los capitanes de sus barcos «que vengan a costa y romperlos», o sea desmantelarlos —no quemarlos como comúnmente se cree—, rescatando de ellos materiales, aparejos y velas que se aprovecharon en la construcción de la Villa Rica de la Vera Cruz y de bergantines, que tuvieron un importante papel en el cerco de Tenochtitlán.

La famosa «quema de las naves» retrata el arrojo del conquistador que, ante un futuro plagado de incógnitas, optó por renunciar a una posible retirada. Él mismo escribió sobre este hecho: «... todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro», evocando en su discurso las palabras de Julio César al pasar el río Rubicón: *Alea iacta est*. Hubo un antecedente de otro explorador hispano: en lo que hoy es Nicaragua, Gonzalo de Badajoz encalló adrede sus barcos para evitar que sus tripulantes huyeran.



Diego Becerra y Hernando de Grijalva, 1533.
(Internet).

La armada de Tenochtitlán

Dando un salto en la historia para centrarnos en la relación de Cortés, el mar y los barcos, situamos a los españoles en la toma de Tenochtitlán, en la que no solo sus cañones y caballos influyeron en la victoria, sino también los doce bergantines contruidos con los restos de la «quema de las naves», que hicieron una gran labor en sus ataques desde la inmensa laguna que rodeaba la gran capital azteca. Las embarcaciones, gracias a sus velámenes, tenían gran margen de maniobra, podían albergar a unos veinticinco hombres y contaban con una pieza de artillería, eslora de 12 metros, manga de 2,24 y calado de entre 56 y 70 centímetros. Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, refiriéndose a lo eficaz de estas embarca-



Los bergantines en el sitio de Tenochtitlán. (Internet).

ciones, dice: «Hallábamos por muy cierto que para la laguna sin bergantines no la podíamos señorear, ni podíamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas». También ayudó que los indígenas no conocían el combate a bordo, pues solo usaban sus embarcaciones para el transporte, causándoles gran temor las españolas. El capellán de Cortés narró con estas palabras la primera victoria: «Fue una señalada victoria, porque los nuestros quedaron señores de la laguna y los enemigos, con gran miedo y pérdida».

Los aztecas tenían conocimiento de la utilización de las naves españolas y pusieron estacas con puntas afiladas en lugares estratégicos, lo que causó la inutilización de cinco de los bergantines. A la victoria hispana contribuyó eficazmente la intervención de 16.000 indígenas que con sus canoas apoyaron a las naves españolas.

Su construcción fue posible gracias a la labor de Martín López, que dirigió la obra con gran profesionalidad. El traslado de las naves fue una hazaña de titanes, pues se transportaron a hombros de 8.000 cargadores indígenas, formando una hilera de diez kilómetros hasta llegar a orillas de la laguna que rodeaba Tenochtitlán. De haber pretendido construirlas allí mismo, los ataques de los mexicas lo hubieran puesto muy difícil. Su botadura se convirtió en un gran festejo: descendieron al agua al saludo de la artillería, los aplausos y la entonación de un *Te Deum*. La obra duró siete meses y dio trabajo a la mayor parte del ejército de Cortés.

En auxilio de los circunnavegantes

Muy pronto tuvo Cortés noticia del descubrimiento, en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, de la entonces conocida como la Mar del Sur, actualmente océano Pacífico, que despertó sus afanes descubridores, encargando la exploración en la parte mexicana a dos parejas de soldados que viajaron por distintos rumbos, acompañados de indios amigos que los guiasen en búsqueda del Estrecho que el rey le había encargado buscar. El descubrimiento del Pacífico mexicano tuvo lugar en los primeros meses de 1522, que muy pronto se divisaría en tres puntos distintos, iniciando enseguida Hernando la construcción de naves para explorar la amplitud del nuevo océano en todas las direcciones.

Cortés también había tenido noticia de la expedición iniciada en 1519 por Fernando Magallanes por la presencia en tierras mexicanas —precisamente en 1526 en Tehuantepec— de un pequeño patache de la expedición de Loaysa que siguiera a la de Elcano, extraviada de la conserva tras pasar el estrecho de Magallanes. Casualmente, por aquellos lares se encontraba un capitán de Cortés que los auxilió, y llevó a los tripulantes del patache *Santiago* para entrevistarse con su jefe. Este encuentro se cruzó con el requerimiento hecho por el rey al conquistador, encargándole preparase una armada con destino a las Molucas en auxilio de la de Loaysa.



Tenochtitlán rodeada por la laguna. (Internet).

Volviendo a los afanes descubridores de Cortés, consciente de la importancia de las naves que había mandado construir, comenzó a bullir en su cabeza la idea de emprender nuevas conquistas a través de la Mar del Sur con las que expandir la Nueva España. Encomendó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid la búsqueda de un estrecho, dirigiéndose el primero hacia el Pacífico Sur, hasta la actual Guatemala, y el segundo por las costas del golfo de México, hacia Las Hibueras, en la actual Honduras. Como resultado final, Alvarado conquistó el reino de Guatemala, y Olid, que había entrado en contacto con Diego Velázquez, se mostró en rebeldía hacia Hernando, que se vio obligado a viajar hasta aquellos territorios para castigar al capitán rebelde, lo que demoró sus proyectos exploratorios en la Mar del Sur.

En el requerimiento realizado por Carlos V mediante Real Cédula de 20 de julio de 1526, por el que ordenaba a Cortés enviar una armada a las Molucas en auxilio de Loaysa, el monarca daba mucho detalle del viaje, le mencionaba que la *Trinidad*, nave capitana, había quedado en aquellas islas con 57 hombres y no había retornado, habiéndose dispuesto la salida en 1526 de otra expedición en su auxilio: «Yo os encargo y mando que luego que esta recibáis, con la diligencia y gran cuidado que el caso se requiere, y vos soléis poner en las otras cosas que son a vuestro cargo, deis orden como dos de las dichas carabelas, o una de ellas con un bergantín, o como mejor os pareciere, que puede haber mejor recaudo enviando en ellas una persona cuerda, y de quien tengáis confianza que lo hará bien, y bastecidas y marinadas de la gente y todo lo demás necesario, vayan en demanda de las dichas islas de Maluco hasta hallar nuestras gentes, que en ellas están».

Loaysa tenía el doble encargo de auxiliar a los hombres de la expedición de Magallanes-Elcano, que habían quedado retenidos en las Molucas, y la de fundar nuevos asentamientos en aquellas islas. Cortés tenía además la información que le habían facilitado los tripulantes del patache *Santiago*, y el 31 de octubre de 1527 envió desde México una flota al mando de Álvaro de Saavedra. De las tres embarcaciones que la componían, solo la *Florida* llegó a Tidore, donde encontró a los únicos supervivientes de la expedición de Loaysa. Tras muchas vicisitudes, Hernando de la Torre, que había sido piloto de la *Santa María de la Victoria*, y Saavedra acordaron reparar los daños sufridos por la nave *Florida* con el objetivo de viajar hasta México. Zarparon el 30 de mayo de 1528, cargando sesenta quintales de clavo; pero, tras dos intentos, los vientos se lo impidieron, debiendo mantener combates con los portugueses, a los que finalmente se rindieron. Navegando había muerto Saavedra, que solo en parte pudo cumplir la encomienda de Cortés. En 1530, por problemas económicos, el emperador hubo de renunciar a la presencia española en las Molucas, cediendo sus pretensiones como parte de la dote de su hermana al casarse con el rey de Portugal. Mientras, las bajas se acumulaban y en 1534 solo quedaban 17 hombres de las dos expediciones, enfermos en su mayoría. Iniciaron su regreso a España y, con un retraso notable, completaron su vuelta



Cortés desembarcando en California. (Internet).

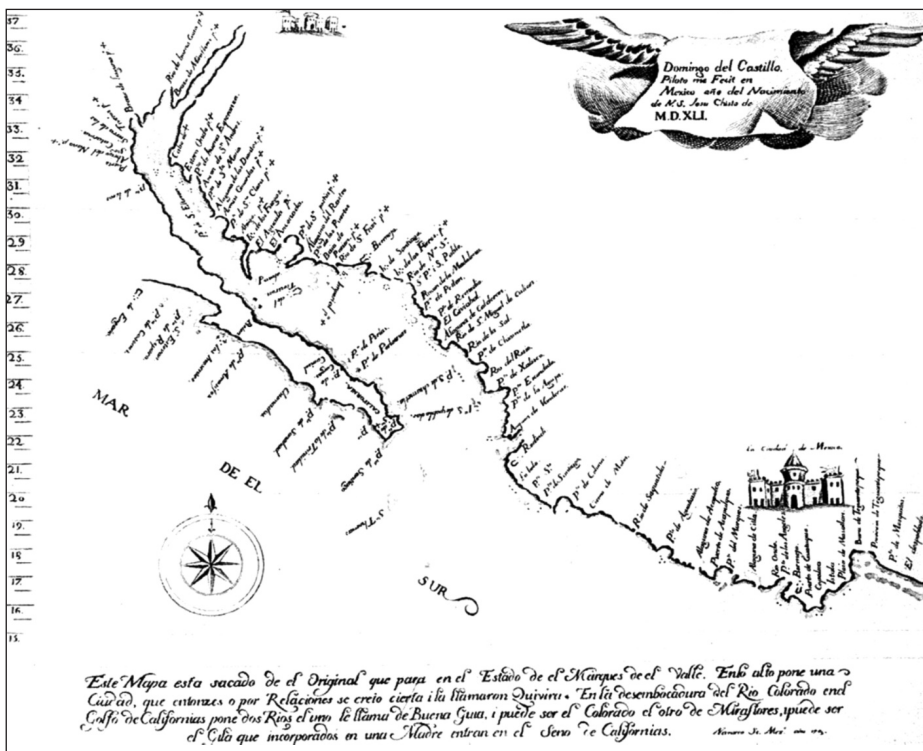
al mundo. Su desembarco en la Península en 1534, siete años después de haber partido de México, supuso a los que de allí procedían el final de la primera expedición desde costas americanas al corazón de Asia.

El descubrimiento de California

Enterado Cortés del resultado de la expedición y habiendo dispuesto la construcción de cinco naves, vuelve a manifestar al rey que, conociendo su interés por la Mar del Sur, sigue empeñado en preparar dichos navíos, incluso a costa de su propio peculio, lo que se convertiría en una de sus principales tareas durante sus últimos diez años de estancia en la Nueva España.

Habiendo viajado Hernando a España, consiguió las capitulaciones para explorar y poblar las islas y tierra firme que encontrarse en la Mar del Sur, y con las exploraciones efectuadas comenzarían a conocerse partes del océano Pacífico y el noroeste mexicano.

El 30 de junio de 1532, Hernando envió a su primo Diego Hurtado de Mendoza para que iniciara estas exploraciones más allá de los límites de la audiencia de Nueva Galicia, de la que era gobernador su enemigo Nuño de Guzmán. La flota estaba compuesta por dos barcos: la nave capitana —el *San Marcos*— y el *San Miguel*, que partieron del golfo de Tehuantepec, desde donde se dirigieron a Manzanillo para seguir costearo Jalisco y Nayarit hasta descubrir las islas Marías, desde donde regresaron a tierra para conseguir agua



Mapa de la Baja California. (Internet).

y bastimentos, lo que les fue denegado por órdenes de Nuño de Guzmán. El *San Miguel*, dañado por las tormentas, emprendió el regreso; llegando a las costas de Jalisco cayó en manos de los hombres de Nuño de Guzmán; el *San Marcos* tomó rumbo hacia el norte al mando de Hurtado de Mendoza y no se volvió a tener noticias de él; supusieron que había naufragado en el litoral de Sinaloa, pereciendo toda la dotación.

Al año siguiente, en 1533, Cortés ya estaba preparando una nueva expedición a la Mar del Sur, de lo que da cuenta a su pariente Francisco Núñez, resaltando su implicación en la misma: «Ha más de siete meses que salí de mi casa para el despacho de estos navíos, y los cinco meses dellos he estado siempre residiendo en este astillero, sin quitarme de sobre la obra y estaré hasta volverme a México más de otros cuatro, y cuéstate tanto el trabajo de mi persona y gasto de mi hacienda que así lo que más hay que hacer...».

Sus esfuerzos fructificaron, y el 30 de octubre de 1533 zarparon dos naves del puerto de Santiago en la bahía de Manzanillo: la *Concepción*, capitana al

mando de Diego de Becerra, y la *San Lázaro*, mandada por Hernando de Grijalva, que poco antes de que finalizase el año se habían separado. Esta última se había adelantado y esperó en vano durante tres días a la *Concepción* y, al no encontrarla, se dedicó a explorar el Pacífico, descubriendo las islas Revillagigedo. El retraso de la capitana se debió al amotinamiento del segundo de a bordo, Fortún Jiménez, que asesinó a Becerra mientras dormía, agredió a los fieles del capitán y los abandonó en las costas de Michoacán. Después navegó costeando hasta el noroeste para entrar en una apacible bahía que pensó formaba parte de una isla que no se molestaron en bautizar —hoy puerto de La Paz, parte de la península de Baja California—, donde se encontró con indígenas muy diferentes a los del altiplano mexicano, cuyas mujeres fueron violadas por la tripulación.

El abuso, el robo de las perlas que portaban de adorno y el saqueo al que sometieron la zona provocaron el enfrentamiento con los nativos, que dieron muerte a Fortún, debiendo huir el resto en la *Concepción*, con la que navegaron erráticamente hasta arribar a las costas de Jalisco, donde cayeron en manos de los hombres de Nuño de Guzmán, que los apresaron.

Tras los dos viajes frustrados, Hernán Cortés encabezó personalmente una tercera expedición, con la que consiguió poner pie en California, pero de la que no se tiene testimonio alguno del propio conquistador, salvo una comunicación previa enviada al Real Consejo en la que comienza expresando su malestar acerca de su enemigo Nuño de Guzmán, y continúa hablando de sus planes por la Mar del Sur, al norte de la Nueva España: «De mi armada y gente que llevo, envío a ese real Consejo copia, y en llegando a la tierra, daré larga cuenta a vuestra señoría y a vuestras mercedes de lo que della alcanzare, y así lo haré en todos los navíos que de allí enviare. Plega a Nuestro Señor quel subceso sea conforme a mi intención...».

Para plantar cara a Nuño de Guzmán decidió hacerlo en su propio terreno y desde allí organizar una nueva expedición, compuesta de numerosa tropa a pie y a caballo, disponiendo tres naves: *San Lázaro*, *Santa Águeda* y *Santo Tomás*, que enviaría a Chametla (Sinaloa) en territorio gobernado por Guzmán, donde embarcarían las tropas comandadas por él, para lo que tuvo que atravesar durante varios días la Nueva Galicia en manos de su archienemigo. A su capital Santiago de Galicia de Compostela entró Hernán con los pendones en todo lo alto, siendo acogido amistosamente por Nuño de Guzmán, sin duda acobardado por el ejército que le visitaba.

Tras atravesar Jalisco y Nayarit, Cortés embarcó con su tropa, compuesta de 113 infantes y 40 jinetes, en Chametla (Sinaloa) en los buques *Santa Águeda* y *San Lázaro*, dejando en tierra 60 jinetes. Zarparon tomando rumbo al noroeste, y el día 3 de mayo de 1535 arribaron a la bahía de Santa Cruz —actualmente La Paz en Baja California—, donde confirmaron la muerte de Fortún Jiménez. Una vez tomada posesión de aquellas tierras, Cortés decidió establecer allí una colonia, mandando traer los soldados y bastimentos que

había dejado en Sinaloa; pero a causa del mal tiempo los buques se perdieron y solo llegó uno con cincuenta fanegas de maíz, insuficientes a todas luces, por lo que Cortés salió personalmente en busca de víveres, y no consiguiendo sus propósitos decidió retornar a la Nueva España para ocuparse desde allí del suministro a la nueva colonia, que quedó al mando de Francisco de Ulloa; pero el virrey ordenó el abandono de la población y el retorno de sus pobladores.

Ante los resultados anteriores, Hernán Cortés decidió enviar una cuarta expedición a California, que sería la última. Su objetivo era explorar la mar que separaba a la bahía de Santa Cruz del macizo continental, navegando con rumbo al norte para comprobar si se trataba de una isla o de una península y también si existía algún estrecho que comunicara con el Pacífico, además de explorar los litorales para doblar su extremo al sur y remontar luego hacia el norte cuanto fuera preciso. Al mando de la expedición se situó Francisco de Ulloa, quien el 8 de julio de 1539 partió del puerto de Acapulco al mando de una flota compuesta por los buques *Santa Águeda*, *Trinidad* y *Santo Tomás*, que desapareció a la altura de las islas Mariás.

De Acapulco pasaron al puerto de Santiago, de donde partieron las tres naves el 23 de agosto de 1539, arribando la *Santa Águeda* y la *Trinidad* a la bahía de Santa Cruz tras cruzar el golfo de California, volviéndolo a cruzar para seguir rumbo al norte costearo Sinaloa y Sonora. Finalmente llegaron adonde el mar parecía terminar, pues ambas costas eran visibles, estando a una distancia aproximada de doce leguas.

Al regresar hacia el sur costearo Santa Cruz, tras varios días de navegación entraron en la bahía conocida como de La Paz. Costearo rumbo al sur, doblaron el actual cabo San Lucas, entrando en el Pacífico, donde comenzaron a remontar la costa hacia el norte, llegando ya entrado el año 1540 a la isla de Cedros, de la que tomaron posesión y dieron cuenta, el 5 de abril de 1540, a Cortés en una relación en la que se describía la península de la Baja California en toda su extensión.

Al Pacífico Sur en socorro de Pizarro

Volviendo atrás en el calendario, situamos a Cortés en 1535 de vuelta de su viaje a California, cuando recibió de mano de Antonio de Mendoza una carta de Francisco Pizarro en la que le comunicaba estar cercado en la ciudad de Lima, de la que si no era por mar no podía salir sin obtener refuerzos. Hernando dispuso que Grijalva acudiese en su ayuda, llevando consigo hombres, caballos y una serie de presentes, con lo que, de forma imprevista, se iniciaría una nueva ruta de navegaciones por el Pacífico Sur, algo que con anterioridad parece que bullía en la cabeza del conquistador, pues tenía el propósito de iniciarse en una nueva labor como mercader.

Muy pronto partieron dos naves de Acapulco a las órdenes de Grijalva y, aunque llegaron cuando Lima ya había sido liberada, tuvieron un gran recibimiento. En abril de 1537 Grijalva ordenó la partida desde el puerto de Paita, indicando que una de las naves volviese a Acapulco para dar noticia de todo lo acaecido, mientras que con el otro buque, obedeciendo órdenes secretas de Cortés, tomó rumbo al oeste penetrando en el Pacífico donde, al parecer, tras muchos días de navegación, llegaron a la isla de Christmas. Partiendo de esta alcanzaron otras, desde donde los intentos por regresar fueron baldíos por falta de vientos propicios, lo que provocó el amotinamiento de la tripulación y la consecuente ejecución de Grijalva, que en evitación de entrar en conflicto con los portugueses había navegado pegándose a la línea del ecuador. Los supervivientes siguieron ruta hasta desembarcar en una isla próxima a Nueva Guinea donde, tras ser hechos prisioneros por los indígenas, siete supervivientes fueron rescatados por los portugueses a las órdenes de Antonio Galvão, procedente de la fortaleza de Ternate en las Molucas. Cortés no tuvo noticia del resultado de esta expedición, y por el otro navío que había enviado al Perú se informó del avistamiento de una isla desconocida, probablemente una de las Galápagos.

Desde antes del regreso de esta nave, hacia principios de 1537 Cortés, a pesar de sus fracasados intentos, ya había hecho planes para otras expediciones por el Pacífico, para lo que contaba con nuevas embarcaciones. Se tiene noticia de que al menos un barco, a las órdenes de Nicolás Palacios, fue despachado para Perú a principios de 1538, portando armamento y diversos productos para su venta. En paralelo, el capitán llevaba también instrucciones para realizar exploraciones en el sur del Pacífico: la suerte tampoco le fue favorable en esta ocasión y su empeño como comerciante no dio los frutos apetecidos. Existen también documentos que mencionan viajes realizados entre 1538 y 1540 con destino a Panamá, con los que quiso compensarse de las pérdidas habidas en su fortuna personal con las fallidas expediciones, que como saldo positivo dejaron: el inicio de la industria naval, que permitió unir los virreinos de la Nueva España y del Perú; el descubrimiento de la península de la Baja California, y la posibilidad de viajar a Asia desde las costas americanas, completado en 1565 al descubrir Urdaneta la «ruta del tornaviaje».



SH-3D en estacionario, mientras un *AV-8B* rueda hacia la pista para despegue en la Base Naval de Rota. (Foto: Luis Díaz-Bedia Astor).

